



Calor de primavera

Después de caminar un rato por el campo y por los huertos, me he sentado en uno de los bancos de madera que hay en la plaza. Deposito el cuaderno y lo dejo abierto a mi lado. Es media tarde, el sol brilla en un azul despejado, casi sin nubes. Junto a su calor siento también el frescor de las últimas lluvias que han empapado la tierra. En esta primavera amable todo crece. Despuntan los racimos en las parras, el campo germina por dentro, los pájaros están criando, poniendo huevos. Ahora es cuando más cantan. Los vecinos cuidan sus huertos, siembran las papas tardías que recogerán en otoño. Crecen el trigo, las cebollas, las judías, los tomates. Las hojas nuevas nacen pequeñas y encogidas, plegadas, y se van abriendo al contacto con el aire; como si fuesen alas que más tarde moverá el viento. El calor las invita a salir de su madriguera, las invita a salir a la superficie.

Son días largos en los que un sol beneficioso, sosegado, calienta la tierra sin quemarla. Inclino mi cabeza hacia atrás, apoyando la nuca en el respaldo del banco. Respiro profundamente y cierro los ojos. Durante unos segundos solo siento placidez, hasta que de improviso, como venida de otro mundo, empiezo a escuchar la voz de mi mente: inquieta ante un asunto que no he terminado de resolver, planificando mis próximos compromisos, los correos pendientes. Sigo notando el sol aquí fuera, detrás de mis párpados cerrados, pero envuelto ya en un murmullo de fondo que me distancia del entorno. Abro los ojos, tal vez empujado por este zumbido, y pienso en la dificultad que entraña contemplar en quietud; sostener en calma mi atención. Sé que necesita apoyarse en algo, que mis sentidos están hechos para eso al igual que mi mente. Me pregunto si este ruido no será sino el rumor de una atención que no encuentra lugar donde posarse, tratando

de buscar asiento en la compleja realidad y haciéndose inmediatamente audible en cuanto surge el silencio. Desde luego, no quiero hacerle caso, sé que desaparecerá cuando me concentre en algo, en algo que me merezca la pena y a lo que pueda entregarme con verdad. Y cierro otra vez los ojos procurando sostener la atención en el calor.

Me mantengo así unos minutos, alternando las sensaciones del sol en mi cara, en las mejillas, con pensamientos incompletos pero insistentes: sonrío ante la tozudez de mi mente. Creo que su cantinela aparenta esconder mucho más de lo que en realidad oculta. Solo es una voz en guardia, que repite sus rutinas, pero resulta imposible que el silencio pueda aflorar en este farragoso sonido. La quietud parece estar debajo de la agitación de la mente, en otro plano, más allá de un ajetreo que puede llegar a convertirse en una dependencia inconsciente. Vuelvo a abrir los ojos y constato la importancia de saber reconducir el pensar y el sentir lejos de esta dependencia. Por eso busco sentir el sol en la cara, centrarme en eso nada más y acallar los pensamientos. Cierro los ojos nuevamente, respiro despacio y me concentro: recibo su calor y, poco a poco, como una marea que sube lentamente, voy sintiendo cómo inunda mi cuerpo.

Es un calor que apacigua, que reconforta. Me voy llenando de él, de su energía; mi respiración se va pausando. Es una sensación de peso y ligereza al mismo tiempo. Paulatinamente se va desliendo el ruido de fondo, percibo cómo baja de tono, cómo se deshilacha... A la par que mengua el ruido, lo de fuera cobra más viveza. Oigo al viento remover las hojas secas de la plaza. Abro más las piernas, extendiendo los brazos sobre el respaldo del banco y mantengo los ojos cerrados. Las hojas secas se mueven por el suelo, escucho el canto de los pájaros. Distingo al mirlo y al gorrión, varias veces; y poco después al colirrojo. Pero hay más cantos que desconozco. Cada vez que se levanta la brisa las hojas caídas caminan por la plaza. Algunas suenan como pisadas, otras son cuerpos que crujen y se arrastran.

Mis ojos se vuelven a abrir. Me gusta que sea así, que se abran y se cierren por sí mismos. No fuerzo nada, ya me voy acostumbrando a este modo de acercarme a la realidad, con humildad y respeto; también conmigo mismo. Ahora todo está un poco más cerca, me siento integrado en el entorno. Miro las hojas caídas sobre las losas de piedra, sigo oyendo a los pájaros y el vibrante sonido de los vencejos cuando vuelan cerca. Ahora que se acrecienta el sentido del oído comprendo que siempre ha estado ahí, aunque en tantas ocasiones espere recluso, sin ser él mismo escuchado. Vuelvo a notar peso y ligereza. Me descalzo y me quito los calcetines para sentir mejor el suelo de la plaza y su calor. Apoyo las plantas de los pies

y lo encuentro tibio. En los árboles las hojas se contonean en un vaivén mínimo, sumergidas en la tranquilidad de la tarde. La luz clara, el cielo azul con poquísimas nubes casi traslúcidas. Las cosas ya no están tan fuera, ni yo tan escondido dentro.

Vuelvo a cerrar los ojos. Lo más cálido es el hierro forjado de los reposabrazos del banco. Los tablones de madera que sirven de asiento están más calientes que el respaldo, cortado también de la misma madera. Parece que lo que más tarda en calentarse es este suelo de piedra. Advierto la diferencia de temperatura entre mi cuello y la planta de los pies. Y siento también cómo la quietud se va asentando. Acercarse a ella, hacerla posible, se vuelve más fácil a través de la actitud contempladora: sentir y pensar desde un centro del ser en calma, pero con los sentidos despiertos; retirados del bullicio de la mente y de la sobreexcitación de las emociones. Para mí es un modo amable y provechoso de aprender a vivir la soledad, de no esconderme de ella; de esta soledad creadora que es también el cauce de mi escritura, el manantial desde donde escribo. Oigo un coche que arranca y se va dando la vuelta a la plaza, pero no lo miro. Me llega la gravedad de dos voces, la cadencia de sus sonidos, el intervalo de sus silencios. El calor está ya presente bajo todos estos acontecimientos.

Aprovecho para esbozar algunas notas de campo a las que luego daré forma. Ahora están florecidos el trigo y la cebada. Pero hace falta que cuaje la flor y grane bien, si no quedará muy seco el grano y demasiado fino: "como lengua de pájaro" dicen por aquí. Y dicen también que la brisa del norte ayuda a granar. Constato lo saludable de abrir mi interior en un entorno que lo acoge. Por eso asumo el trabajo -si es que se puede llamar así- de acudir a lugares donde puedo dar forma a mi persona; entornos que favorecen la escucha, la de fuera en comunión con la de dentro, si es que ambas realidades no son de alguna manera la misma. Salir de la madriguera, de mi azacanada mente, transformar mi actitud ante lo que veo y ante lo que siento. También esto es escribir, formarme y crecer: granar, como el cereal. Es en el silencio donde las palabras que surgen pueden ser escuchadas, suenan con la misma claridad de la tarde. En ellas aprendo a descubrir lo que viene de lo hondo, lo que atesora algún secreto y lo que sobra. Gorjea un gorrión, ruge el motor de una sierra eléctrica segando la hierba dos o tres calles más abajo, cerca de la ermita. Pero no hay ruido dentro. Ya no. Siento el calor, su tacto suave, respiro el aire aromado de la sierra. Ahora es el calor el cauce donde escribo.

Abro y cierro los ojos varias veces, transcurre el tiempo, pasan los minutos sin agarrarme a ningún pensamiento, a ninguna sensación concreta. Y

cada vez que regreso me siento cálidamente sostenido. El calor se asienta en los poros de mi piel y desciende sobre la tierra. Mi "yo" alerta ha desaparecido, disuelto en la percepción de este estado vibratorio de la luz. Una lagartija se adormece alebrada en una piedra. Sube esta marea que no desborda; queda mansa, arriba, muy arriba; en el corazón y en la cabeza. Rindo la cabeza a la luz, ofrezco una herida en el cuello y noto calor solo en sus bordes. Después, muy poco a poco, voy sintiendo cómo penetra en ella por sus grietas y hendiduras. Ofrezco también mis otras heridas, las que conozco y las que, desconocidas, rezuman aún su frío de caverna. Me adormezco como la lagartija mientras el calor se adentra en lo profundo de las heridas. Me pregunto si mi cuerpo absorberá el calor a tragos, a sorbos. ¿Es así como recibo la luz, la realidad?

El sol va calentando la tierra por dentro pacientemente, y a mí; en un ritmo sostenido, reconfortante. Va deshaciendo el frío que aún pudiera cobijarse bajo tierra, en las heridas del corazón; haciendo posible la vida, el nacer y el renacer. Brotar parece ahora una hermosa manera de poner en contacto lo de dentro con lo de fuera, permitir el abrirse de las hojas y el vuelo. Como las alas y las hojas, también mi ser se despliega en el tono y en el ritmo en que desea vivir. Desde la quietud puede crecer en confianza, sostenido por una mano hecha de luz y de aire, de una luz silenciosa entremezclada con la brisa.

Confiado, rindo mi cabeza al calor que ni pesa ni quema. Apenas exige la entrega de mis sentidos, los acoge y adormece. Adormeciéndolos los renueva y reconforta. Escribo también para agradecer este amparo. Me renuevo como renuevan en este tiempo su piel las culebras, que tiran las camisas enteras, hasta la cabeza. Contemplar, escribir, vivir. Sin prisa, sin urgencia; con la vocación de acercarme a las cosas un día y otro. Y a mí mismo. Tal vez, si procuro hacerlo con humildad, ni ellas ni mi ser se alejen totalmente de este yo que ahora escribe. Este calor es amparo de lo que nace, sí, de lo que puede ser transformado. Vuelvo a perder la consciencia de los pensamientos y de las sensaciones. Me gustaría seguir creciendo así. Y así lo pido ahora, al sol que desciende, a la brisa que ayuda a granar. Y también lo pido para el mundo. Poder crecer al calor de esta primavera.

